

LA CRISIS MUNDIAL DE WALL STREET: ¿EL FIN DEL SISTEMA CAPITALISTA?

Fair, Hernán¹

CONICET

Centro de Estudios del Discurso y las Identidades Sociopolíticas (CEDIS), Universidad Nacional de San Martín (UNSAM)

herfair@hotmail.com

Material original autorizado para su primera publicación en la revista académica Hologramática

RESUMEN

Actualmente se habla desde algunos sectores periodísticos y sobre todo desde algunos análisis académicos de orientación marxista, que asistimos al fin del sistema capitalista. Se señala, en ese sentido, a la reciente crisis mundial de Wall Street, como la demostración de esa caída definitiva que sería inminente. En este trabajo se pretende relativizar aquella tesis que señala la “larga transición de agonía” y la idea teleológica de “crisis definitiva” (Wallerstein, 2008; Romero, 2008). Según se sostiene, esta confusión radica en una simplificación excesiva de las características del capitalismo contemporáneo que no permite discernir entre distintas fases o etapas dentro del propio sistema. Desde este trabajo, hay que diferenciar entre la crisis del modelo de acumulación y la crisis del sistema económico en su conjunto. Mientras que este último abarca los distintos sistemas existentes, ya sea capitalista, comunista, feudal, etc., el primero se refiere a los distintos modelos político-económicos existentes dentro del

¹ El autor es Licenciado en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires (UBA), ha concluido y defendido en agosto de 2007 una Tesis de Maestría en Ciencia Política y Sociología en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO, Sede Argentina) y en 2008 ha sido distinguido por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con una beca doctoral para realizar el Doctorado en Ciencias Sociales en la Universidad de Buenos Aires. Orientado al estudio de temas vinculados al análisis del discurso, conformación y redefinición de las identidades sociopolíticas y teoría política contemporánea, ha publicado artículos con referato en más de 15 revistas académicas nacionales e internacionales de Argentina, Chile, España, México, Uruguay y Venezuela, y participado como expositor en Congresos, Jornadas y coloquios nacionales e internacionales de diversas áreas de las Ciencias Sociales y Humanísticas.

sistema. Partiendo de esa base, se indaga brevemente acerca de las diferencias entre cada uno de los patrones de acumulación. En una segunda etapa, se analizan las características asumidas por la reciente crisis de Wall Street, para finalmente plantear posibles escenarios futuros a partir del esquema propuesto.

PALABRAS CLAVE:

Crisis mundial, modelo de acumulación, neoliberalismo

ABSTRACT

WALL STREET'S WORLD CRISIS: END OF CAPITALISM?

At the moment it is spoken from some journalistic sectors and mainly from some academic analyses of marxist direction, that we attended to the end of the capitalist system. It indicates, in that sense, to the recent world-wide crisis of Wall Street, as the demonstration of that definitive fall that would be imminent. This work tries to relativize that one thesis that indicates the “long transition of agony” and the teleological idea of “definitive crisis” (Wallerstein, 2008; Romero, 2008). According to it is maintained, this confusion is in an excessive simplification of the characteristics of contemporary capitalism that does not allow to discern between different phases or stages within the own system. From this work, it is necessary to differentiate between the crisis from the model of accumulation and the crisis from the economic system as a whole. Whereas this last sandal the different systems existing, like capitalist, communist, feudal, etc., the first concerns about the different political-economic models within the system. Starting off of that base, it explores briefly about the differences between each one of the patterns of accumulation. Secondly, it analyzes the characteristics assumed by the recent crisis of Wall Street, to finally raise possible future scenes from the proposed scheme.

KEY WORDS:

World-wide crisis, model of accumulation, neoliberalism

1. Introducción

Actualmente se habla desde algunos sectores periodísticos y sobre todo desde algunos análisis académicos de orientación marxista, que asistimos al fin del sistema capitalista. Se señala, en ese sentido, a la reciente crisis mundial de Wall Street, como la demostración de esa caída definitiva que sería inminente. En ese contexto, se destaca el derrumbe de los grandes bancos como prueba del derrumbe de la hegemonía neoliberal y, por tanto, de la decadencia o “agonía” del “sistema mundial” dominante del centro sobre la periferia (Wallerstein, 2008). En este trabajo relativizaremos aquella tesis que señala la “larga transición de agonía” y la idea teleológica de “crisis definitiva” (Romero, 2008). Según sostenemos, esta confusión radica en una simplificación excesiva de las características del capitalismo contemporáneo que no permite discernir entre distintas fases o etapas dentro del propio sistema. Para salir de ese atolladero, entendemos que hay que diferenciar entre la crisis del modelo o patrón de acumulación y la crisis del sistema económico en su conjunto. Mientras que este último abarca los distintos sistemas existentes, ya sea capitalista, comunista, feudal, etc., el primero se refiere a los distintos modelos político-económicos existentes dentro del sistema. Es decir, que se trata de una categoría más reducida, que permite diferenciar entre distintas fases dentro del propio sistema vigente (en este caso, obviamente el capitalismo).

1.1. Breves consideraciones metodológicas

Aunque existe una fuerte controversia sobre el momento en el que se origina el capitalismo, ya sea en el momento del “Descubrimiento” de América, o bien a partir del comercio mercantilista de la Inglaterra del siglo XVI, entre otras opciones, lo relevante es que el sistema capitalista tiene una larga historia. No vamos a analizar aquí las características teóricas que definen al sistema, ya analizadas desde Marx en adelante por decenas de trabajos desde variadas perspectivas, e indagadas en detalle en otro lugar (Fair, 2008a). Lo que pretendemos en este trabajo es dar cuenta de sus modificaciones internas. A grandes rasgos, podemos establecer dos tipos de divisiones internas dentro del sistema capitalista: el liberalismo y el Estado de Bienestar o Estado Benefactor. A su vez, podemos incorporar dos subtipos dentro de estas modalidades: el neoliberalismo y el keynesianismo. Esta división, que no pretende ser exhaustiva, sino más bien analítica,

nos permite diferenciar distintos modelos o patrones de acumulación dentro del propio sistema capitalista.

La segunda de las cuestiones a tener en cuenta remite precisamente a la conceptualización de la noción de modelo o patrón de acumulación. Este concepto, como señala Basualdo, hace referencia a la “articulación de un determinado funcionamiento de las variables económicas, vinculado a una definida estructura económica, una peculiar forma de Estado y las luchas entre los bloques sociales existentes” (Basualdo, 2007, p. 6).

A nuestro entender, la funcionalidad de esta noción, que debe mucho a los análisis del estructuralismo marxista de Nicos Poulantzas, radica en que permite dar cuenta de los distintos tipos de acumulación vigente dentro del propio sistema, otorgando un grado de generalización mucho menor a la lógica binaria entre sistema capitalista-sistema comunista. Así, pueden existir, por ejemplo, dentro del sistema capitalista, modelos o patrones de acumulación con grados mayores de intervención estatal y otros con grados menores (1). Del mismo modo, las alianzas entre el Estado pueden ser con sectores vinculados a la exportación agrícola o bien al desarrollo industrial, ya sea más ligado al mercado interno y la producción de bienes livianos y medianos (Primera fase del modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones), o bien a la exportación de bienes pesados (Segunda fase del modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones o “desarrollismo”) (2). En el siguiente trabajo, dadas las limitaciones espaciales y el abordaje general que pretendemos desarrollar, nos centraremos en un plano más abarcable que realizará una división entre el liberalismo económico, el Estado de Bienestar, el Estado Benefactor Keynesiano y el neoliberalismo. Así, mientras que el tercero corresponde a un subtipo del segundo, el cuarto corresponde a un subtipo del primero. En ese contexto, indagaremos brevemente acerca de las diferencias entre cada uno de los patrones de acumulación. En una segunda etapa, nos centraremos en las características asumidas por la reciente crisis de Wall Street, para finalmente plantear posibles escenarios futuros a partir del esquema propuesto.

2. Los modelos de acumulación

2.1. El liberalismo

El liberalismo económico nace de la mano de Adam Smith y David Ricardo en la Inglaterra del siglo XVIII. Como se sabe, parte de la premisa de que la sociedad está compuesta por un conjunto de individuos que actúan racionalmente de acuerdo a sus propios intereses personales, buscando maximizar sus ganancias y minimizando sus pérdidas. Se trata, en ese sentido, de una filosofía con fuerte énfasis en la necesidad de la mayor libertad económica posible frente a un Estado que es visto como excesivamente regulador y “asfixiante” de las libertades civiles. En ese contexto, se aboga por un Estado que intervenga sólo en sus funciones básicas en la sociedad, en todo caso corrigiendo las fallas “naturales” del mercado, que de por sí tiende al “equilibrio general”. La metáfora de Adam Smith de la “mano invisible”, especie de Dios interventor que lleva mágicamente al bien común, es archi-conocida como método de legitimación y justificación, de un modelo que aboga por la libertad individual como objetivo *per se* (Gómez, 2003).

2.2. El Estado Benefactor

El Estado benefactor o Estado de Bienestar surge como una alternativa a las fallas generadas por el modelo de acumulación liberal. Su mayor expresión es la Alemania del canciller Otto von Bismarck, quien señalaba la necesidad de un Estado que garantice amplios beneficios sociales a las masas. Aunque se trataba de un modelo originariamente conservador, en tanto buscaba evitar el “peligro” de desborde social de los trabajadores, lo más relevante es que por primera vez, a través de la ampliación del campo de intervención estatal, los trabajadores asalariados, y especialmente los sectores populares emergentes del proceso de industrialización y urbanización, pudieron acceder a cierta ciudadanía social que les era negada hasta entonces en pos del mito del “libre mercado” del liberalismo.

2.3. El keynesianismo

Hacia comienzos del siglo XX el modelo liberal decimonónico se hallaba en peligro debido a las fallas generadas por sus postulados teóricos a favor del libre funcionamiento del mercado. El punto cúlmine de esta crisis se pondría de manifiesto con el crack de la Bolsa de Wall Street de octubre de 1929, causado por la desregulación financiera y la excesiva fe en el equilibrio espontáneo de los precios de

acuerdo a la disposición de la oferta como determinante de la demanda (Ley de Say) (Gómez, 2003). Como respuesta a esa situación, el economista inglés John Maynard Keynes propuso un cambio en el modelo o patrón de acumulación dominante. Desde su enfoque heterodoxo, se requería una mayor intervención del Estado sobre la economía a partir de un incentivo a la “demanda agregada”. Para ello, se abogaba por un incremento de la inversión pública, altos salarios y una redistribución progresiva del ingreso a favor de las masas y trabajadores en general con el objeto de que consuman y, por tanto, eleven la demanda y la producción. Este “círculo virtuoso” permitiría, entonces, una salida a la crisis del sistema capitalista, amenazado además por el peligro latente del comunismo, hacia un nuevo modelo de acumulación dentro del propio sistema capitalista, pero más inclusivo socialmente.

Siguiendo en gran medida los lineamientos keynesianos, a partir de los años '30, y especialmente desde la posguerra, se extendió a escala mundial el Estado Benefactor keynesiano. Si bien en países como América Latina adquirió ribetes diferentes en razón del tipo de inserción “dependiente” al mercado mundial y los juegos de alianzas sociales entre los empresarios, sindicalistas y el Estado (Cardoso y Faletto, 1976), en todos los casos se trató de la presencia de un Estado que intervenía fuertemente sobre el mercado a través de altos salarios, fuerte inversión en el área social y desarrollo de la industria nacional. En ese contexto, en países como Argentina, Bolivia, Brasil, México y Venezuela, predominaba una redistribución progresiva del ingreso a favor de los trabajadores asalariados que permitía solucionar el anterior problema de escasez de demanda y consumo y pacificaba, a su vez, los conflictos sociales a partir de un pacto social entre el capital y el trabajo.

2.4. El neoliberalismo

El neoliberalismo o modelo neoliberal surgió en la posguerra como una reacción teórica y política contra el Estado de Bienestar en su versión keynesiana (Ezcurra, 1998). Creado por Friedrich Hayek en 1944 y complementado por Milton Friedman poco después, comenzó a implementarse en 1973, durante el régimen dictatorial del General chileno Augusto Pinochet y en 1976, durante la dictadura militar argentina. Unos años más tarde, fue instaurado por Margaret Thatcher en Gran Bretaña y Ronald Reagan en Estados Unidos. Luego de propagarse por el resto de Europa y toda Latinoamérica desde finales de la década del '80, a comienzos de la década siguiente se

expandió a los ex países comunistas, adquiriendo una hegemonía a nivel mundial (Ezcurra, 1998).

Para comprender mejor esta hegemonización debemos tener en cuenta que hacia comienzos de la década del '70 comenzó a deslumbrarse una fase de crisis del modelo de acumulación keynesiano. En efecto, comenzó a asistirse a partir de allí a un proceso que combinaba de manera inédita estancamiento económico e inflación (“estanflación”). Según los teóricos de este nuevo modelo económico/político, el problema subyacente era la intervención excesiva del Estado y de los agentes vinculados a sus beneficios. Más específicamente, los trabajadores industriales y los sindicatos, acusados de haber adquirido un excesivo poder político que había llevado a aquellas sociedades a una situación de “ingobernabilidad” por “exceso de demandas”, tal como lo definiría la Comisión Trilateral.

La crisis del petróleo de 1973, cuando el mismo se elevó a precios incontrolables, y luego la crisis de la deuda de la década del '80, cuando la mayoría de los países de América Latina ingresó en una moratoria o cesación de pagos debido a la imposibilidad de abonar la deuda externa, coadyuvaron al éxito definitivo de este nuevo modelo de acumulación centrado en las bondades del libre mercado y el Estado mínimo (García Delgado, 1994). En ese contexto, favorecido, además, por el poder de los grandes medios de comunicación y los grandes empresarios del capital concentrado, los técnicos que formaban parte de los organismos multilaterales de crédito (FMI, Banco Mundial), originariamente formados para hacer frente a la crisis del modelo liberal de posguerra, modificaron su discurso a favor de la intervención del Estado para comenzar a exigir la implementación de férreas políticas de estabilización macroeconómica, en especial en materia de presiones inflacionarias y de las cuentas fiscales y externas, y la realización de reformas de mercado. Estos ajustes y reformas estructurales, fuertemente alentados, como dijimos, por los sectores neoconservadores, apuntaban a una profunda reorganización del Estado y la sociedad orientada a través de políticas de privatización de empresas estatales, desregulación de los mercados internos, apertura radical de las economías al capital transnacional y contracción del gasto público social (Ezcurra, 1998).

El nuevo modelo de acumulación profundizaba los lineamientos originales del liberalismo smithiano, al promover la aplicación de políticas de menor regulación y control del Estado sobre el mercado. A su vez, en casos como Hayek y Friedman, dejaba de lado completamente el factor de justicia social (e incluso, en caso de ser

necesario, de libertad política), en favor del objetivo de máxima de la mayor libertad económica posible frente a la arbitrariedad del poder Estatal (Gómez, 2003). Según se afirmaba desde el nuevo discurso emergente, la liberalización de la economía lograría el ingreso masivo de inversiones externas. Esto permitiría a sus países “insertarse en el mundo”, acceder al crecimiento de sus economías y, mediante un efecto de “derrame” o “goteo” basado en la “mano invisible” del mercado de Smith, generar un “desarrollo sustentable” que se distribuiría mágicamente a todos los habitantes del planeta.

A partir de los años '90, con el fracaso definitivo del comunismo, esta imposición de las “recetas” de los organismos multilaterales se sistematizarían en el autodenominado “Consenso de Washington”. En ese contexto, se abogaría de manera indiscriminada por privatizar las empresas públicas, acusadas de ineficientes y deficitarias, desregular la economía para ganar “competitividad” y reducir la inversión social, ahora denominado despectivamente gasto público, causante del déficit del Estado y la excesiva burocracia gubernamental. Al mismo tiempo, estas medidas serían acompañadas por un discurso fuertemente legitimador que, como lo hemos trabajado en otro lugar (Fair, 2008a), aseguraba que la única respuesta posible frente a las nuevas circunstancias de globalización mundial de los mercados era la sumisión pasiva como si se estuviera en presencia de un fenómeno inevitable como son las catástrofes naturales, al tiempo que prometía que si se respetaba a las “fuerzas del mercado”, el crecimiento de la economía mundial sería más rápido y estable, y que los frutos del desarrollo se distribuirían mágicamente entre todos los habitantes del planeta (Bauman, 2003).

3. La crisis de Wall Street: ¿el fin del sistema capitalista?

Hemos dado hasta aquí un pantallazo general de las principales características que definen a los principales modelos de acumulación existentes dentro del sistema capitalista. En ese contexto, vimos que los años 1930 y 1973 resultaron paradigmáticos, entre otros, como muestra del fin de una época. Como se sabe, en los últimos años la aplicación del neoliberalismo a escala global generó importantes consecuencias en los campos político, económico y social que lejos estuvieron de solucionar los graves problemas económicos y sociales generados por el Estado Benefactor Keynesiano. Más bien tendieron a agravarlos, con la excepción del control inflacionario. En ese contexto, aunque hubo “avisos” anteriores, como la crisis de México de 1994, la de los países

asiáticos de 1997, la de Rusia en 1998, la de Brasil en 1999 y la de las “punto com” a comienzos de este siglo, recientemente se ha destapado una profunda crisis mundial que ha alcanzado magnitudes nunca antes vistas. Esta crisis, originada en Estados Unidos, puso de manifiesto, pero esta vez de manera profunda, la crisis del modelo de acumulación neoliberal. En efecto, la misma ha sido causada precisamente por las políticas de desregulación de los mercados, principalmente de los grandes bancos, por parte de los Estados nacionales. Siguiendo la doctrina neoliberal de reducir la intervención del Estado a su mínima expresión, la mayoría de los países del mundo, incluido los Estados Unidos, eliminaron durante los últimos treinta años, especialmente a partir de los años ´90, los controles a los bancos, inversores y calificadoras. En ese contexto, incentivado por la presión de los organismos multilaterales de crédito, se produjo una creciente importancia del sector financiero por sobre el comercial que incrementó la especulación sin un marco regulador adecuado (Santiso, 2003). Para tener una idea de este proceso, se ha calculado que en el momento de la crisis mundial del 2008 el grado de especulación global con diversos papeles alcanzaba la friolera de 63 billones de dólares (*Clarín*, 05/10/08).

Estas medidas en favor de la desregulación, que terminó con décadas de políticas reguladoras por parte de los Estados nacionales, llevaron a sucesivas crisis como los casos iniciales de fraudes contables de la empresa de energía Enron y la telefónica WorldCom en diciembre de 2001 y junio de 2002, pero a mediados del 2008 terminó de explotar con la denominada crisis de las hipotecas. En efecto, las políticas de desregulación y las ansias de riqueza de los empresarios y banqueros llevó a las aseguradoras norteamericanas a otorgar créditos para viviendas a personas sin solvencia económica y a precios subvaluados (“sub-prime”). Dados los beneficios otorgados, que contaron, además, con calificaciones altas hacia los títulos hipotecarios por parte de calificadoras de riesgo “prestigiosas” y “confiables” como Moody’s y Standard and Poor’s (*Clarín*, 14/12/08), se produjo a partir del 2003 un incremento de la demanda de hipotecas y el consiguiente incremento de los precios.

No obstante, en el 2006 la “burbuja” se desinfló cuando los precios de las casas comenzaron a caer y muchos compradores se encontraron con un aumento inesperado de sus hipotecas, que ahora valían menos que lo que debían a los bancos. En ese contexto, los sectores endeudados no pudieron hacer frente a las hipotecas y debieron enfrentar el peligro de que sus viviendas fueran rematadas, lo que llevó a que las

aseguradoras ingresaran en bancarrota. Sin embargo, mientras los ciudadanos salían perjudicados por el fraude de las “hipotecas basura”, los grandes inversores y los bancos internacionales habían obtenido en los últimos años ganancias extraordinarias con este “negocio”. Para dar un ejemplo, el CEO del Banco Lehmann ganó nada menos que 350 millones de dólares en ocho años al frente de la entidad, al tiempo que la entidad quebraba y era rescatada por el gobierno de Estados Unidos mediante un paquete de ayuda de 200 mil millones de dólares (*Clarín*, 08/09/08 y 07/10/07). Del mismo modo, la calificadora Moody’s, que había calificado con buenas notas a las empresas otorgantes de créditos hipotecarios, lo que lo convierte al menos en cómplice del fraude, obtuvo entre el 2000 y el 2007 un margen de ganancia promedio de 53% (*Clarín*, 14/12/08).

Sabemos que la crisis de las hipotecas puso en cuestión a todo el sistema financiero mundial. Sin embargo, ¿puede decirse lo mismo del sistema capitalista? Según el teórico estadounidense Immanuel Wallerstein (2008), conocido mundialmente por haber señalado que el mundo funciona como un “sistema-mundo” interconectado en el que los países de la periferia y la semi-periferia empeoran sus condiciones de existencia a costa de los países del centro del sistema (Wallerstein, 1979), la crisis está mostrando el derrumbe de todo el sistema capitalista. En sus palabras: “Pienso que entramos desde hace treinta años en la fase final del sistema capitalista. Lo que básicamente diferencia esta fase de la sucesión de ciclos coyunturales anteriores es que el capitalismo no logra hacer más sistema” (Wallerstein, 2008)

En ese contexto, en el que según Wallerstein “el capitalismo llega a su fin” (Wallerstein, 2008; también Romero, 2008), creemos, sin embargo, que la tesis, que se basa en la noción de Kondratieff de las “ondas largas” y el concepto de “largas duraciones” de Fernand Braudel, resulta al menos errónea. En efecto, tal como vimos en este trabajo, el propio sistema, en realidad los agentes intervinientes, principalmente los más poderosos, que son quienes controlan y toman las decisiones efectivas, y no un supuesto “mercado” impersonal (Santiso, 2003), siempre hallan diversas formas de modificar los lineamientos teóricos para adaptarse a las nuevas circunstancias que pudieran eventualmente surgir. Así, la lógica camaleónica les permite regular, desregular, privatizar, estatizar, flexibilizar, apoyar programas sociales, reducir el gasto público, aumentarlo, abrir la economía y proteger la industria y la agricultura sin ningún inconveniente. Tal como se ha demostrado a lo largo de las últimas décadas, los países

centrales, como Estados Unidos, pero también muchos de los países periféricos, e incluso casos extremos de “neoliberalismo” como la Argentina del período 1976-2001 (Basualdo, 2006), no han mostrado temor en nacionalizar deudas bancarias y subsidiar empresas públicas (como ocurriría durante el régimen militar), aumentar fuertemente el gasto público (especialmente durante el menemismo) e incluso la demanda agregada (Plan de Convertibilidad), o bien proteger algunas industrias nacionales con regímenes especiales (como la automotriz y la electrónica) (Fair, 2007, 2008b). Por otra parte, debemos tener en cuenta que a partir de 1997, todos los países de la región aplicaron de cierta forma políticas sociales, y por lo tanto grados mayores de intervención estatal, en consonancia con el nuevo discurso neo-institucionalista de los organismos multilaterales de crédito, especialmente el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo (Murillo, 2008), para paliar los efectos de la crisis iniciada en los países asiáticos (Consenso post Washington). En ese contexto, se puede apreciar que el pragmatismo, y no el aferramiento absoluto a los libros de texto ortodoxos de Hayek y Friedman, ha sido la moneda corriente del modelo de acumulación neoliberal para paliar los efectos de cada crisis sistémica.

Exactamente lo mismo que ha ocurrido siempre, y que ha sido señalado en detalle por el economista estadounidense John Kenneth Galbraith (1992) como un factor invariable de los Estados centrales para “salvar” a los sectores más acomodados en momentos de amenaza a su bienestar personal, ha ocurrido también en los últimos meses con la crisis financiera. Así, pese a que se proclama la necesidad de liberalizar la economía, desde los inicios de la crisis mundial de Wall Street, Estados Unidos no dudó en salvar a más de 30 bancos por un total de casi 2 billones de dólares, y lo mismo hicieron prácticamente todos los países centrales de Europa.

En el caso de Estados Unidos, el “salvataje” se inició el 7 de septiembre de 2008 con el aporte del Estado por 200.000 millones de dólares para rescatar a las empresas hipotecarios de Fannie Mae y Freddie Mac y continuó el 15 de septiembre, luego que los gigantes bancarios Lehman Brothers y Merrill Lynch cayeran en bancarrota frente a una suma de 60.000 millones de dólares en préstamos hipotecarios incobrables (*Clarín*, 16/09/08). Al día siguiente, el Estado nacionalizaría la aseguradora AIG, la mayor del mundo, por un total de 85 mil millones de dólares. Poco después, el 3 de octubre, el Congreso aprobó un nuevo “rescate” de nada menos que 700 mil millones de dólares, lo que representa 23 veces el fondo anual que exige la FAO para sacar de la hambruna a

980 millones de personas (*Clarín*, 21/09/08), para evitar la quiebra de los grandes bancos, lo que incluiría, además, el rescate de los colosos del Citigroup, Morgan Chase y Bank of America, entre otros (*Clarín*, 15/10/08 y 25/11/08). Finalmente, el 25 de noviembre la Reserva Federal anunció un segundo plan de 800 mil millones de dólares para rescatar hipotecas incobrables y ayudar a sectores adeudados por la crisis (*Clarín*, 26/11/08).

En el caso de los países centrales de Europa, con una tradición benefactora mucho más profunda, la intervención estatal tampoco fue menor, alcanzando en su conjunto el billón de dólares. Así, del 18 de septiembre al 8 de octubre de 2008 se produjeron una serie de nacionalizaciones y fusiones en grandes bancos de Gran Bretaña, Holanda, Bélgica y Francia (*Clarín*, 08/10/08). Poco después, el 12 de octubre, la Eurozona, compuesta por los 15 mayores países de la región, acordaron recapitalizar a bancos y dar importantes garantías de depósitos.

Pero el Estado no sólo salió a “salvar” a los bancos internacionales y a las grandes empresas en quiebra, sino que promovió políticas de incentivo a la demanda agregada para favorecer el consumo interno y evitar, así, el peligro acechante de la recesión económica. En ese contexto, el ex presidente de Estados Unidos, George Bush (h), quien se declara “un “creyente del libre-mercado”, ya que “es la mejor forma de ayudar a las naciones en vías de desarrollo” (*Clarín*, 22/11/08), aplicó también otras políticas de intervención estatal que se alejan en mucho de los principales lineamientos del neoliberalismo. Así, en una clara política de tinte neo-keynesiana que se opone a las medidas de ajuste fiscal promovidas por Ronald Reagan hacia finales de los años ´70 (Galbraith, 1992: 54, 96 y ss.), su Gobierno redujo en un 1% la tasa de interés poco antes de dejar el cargo para incentivar el consumo (*Clarín*, 26/11/08), para luego reducirla aún más hasta alcanzar una tasa de referencia récord de entre 0% y 0,25% (*Clarín*, 17/12/08). En la misma línea, opuesta nuevamente a la tradición de respaldo a las “mayorías satisfechas” del Partido Republicano que manejan en gran medida al país (Galbraith, 1992), aplicó un control estricto al Tesoro sobre el reparto de dinero por un total de 250 mil millones de dólares, rebajó impuestos a PyMES y a la clase media y baja por un total de 108 mil millones y estableció una garantía a los depósitos bancarios para los pequeños y medianos ahorristas. Finalmente, a contramano de las medidas desregulatorias aplicadas por su padre, Bush hijo decidió recortar sueldos a ejecutivos

de bancos asistidos, en un *revival* de las leyes de regulación financiera que databan de 1933 (*Clarín*, 05/10/08).

Más recientemente, el nuevo presidente electo, Barack Obama, extendió la cobertura médica pública a cuatro millones de niños más por un total de 32.800 millones de dólares (*Clarín*, 31/01/09). En la misma línea, no dudó en criticar la desregulación financiera aplicada en los últimos años, prometiendo medidas concretas a favor de los sectores medios para incentivar la expansión del consumo interno (*Clarín*, 01/02/09).

En sintonía con las nuevas políticas públicas aplicadas en los Estados Unidos, los países centrales de Europa acompañaron estas políticas de fuerte intervención estatal. Así, a contramano de la tesis neoliberal que promovió en las últimas décadas la elevación de las tasas de interés, incentivando una creciente especulación financiera, el Banco Central Europeo recortó su tasa de interés en un 3,25%. Por otra parte, el 26 de noviembre la Unión Europea lanzó un importante plan de obras públicas para incrementar el consumo interno y estimular la economía por un total de 260 mil millones de dólares, esto es, el 1,5% del PBI regional, pese a la crítica neoliberal al incremento del gasto público (*Clarín*, 27/11/08).

Estas políticas de fuerte intervención estatal sobre el mercado por parte de la mayoría de los países centrales, que incluyeron, además, un mega plan del Estado chino por 586.000 millones de dólares en obras públicas de infraestructura (*Clarín*, 10/11/08), lejos de ser una muestra de la presunta agonía inevitable del sistema capitalista, tesis que recuerda el clásico optimismo decimonónico marxista en la revolución social proletaria, son más bien la muestra acabada de la muerte y resurrección del modelo neoliberal. Decimos muerte, ya que los postulados originarios ya no tienen cabida en el mundo actual, al menos tal como fueron suscriptos en el llamado Consenso de Washington. Decimos resurrección, lo que no implica una reencarnación equivalente, porque se observa nuevamente la vuelta al discurso neo-institucionalista de 1997, si bien en un tono más profundo, para hacer frente a la gravedad de la crisis.

No está de más recordar que a partir de ese año los organismos multilaterales comenzaron a exigir una mayor regulación sobre los agentes del mercado para evitar repetir una crisis como la acontecida en los países asiáticos. En ese contexto, surgió el

denominado Consenso Post-Washington, que señalaba, precisamente, la necesidad de incrementar el rol regulador del Estado para evitar las fallas del mercado y garantizar, así, la “governabilidad” del sistema (Stiglitz, 1997; Murillo, 2008).

Del mismo modo que hace una década, con la crisis actual parece reemerger este tipo de discurso neo-institucionalista, aunque en un marco mucho más profundo que resulta entendible por la gravedad de la crisis. Así, apenas iniciada la crisis financiera, el Secretario del Tesoro, Henry Paulson, afirmó, en un reconocimiento de la lógica que guía al accionar de los inversores, que las empresas Fannie Mae y Freddie Mac “no serán más dirigidas con una estrategia de maximizar dividendos, una estrategia que históricamente ha estimulado a correr riesgos” (*Clarín*, 08/09/08). Por el contrario, el nuevo discurso insiste, como en 1997, en la importancia de regular la economía o los “mercados” para evitar las “fallas sistémicas”. El propio Bush ha reconocido, en ese sentido, la importancia de regular la economía para salir de la crisis, y lo mismo ha hecho el titular de la Reserva Federal, Ben Bernanke, quien ha destacado, además, la importancia “crucial” de fomentar medidas fiscales expansivas (*Clarín*, 14/01/09).

De la misma forma, el FMI, acérrimo defensor de las políticas neoliberales y antiestatistas durante los años '90, ha modificado su discurso liberalizador y ahora exige inyectar nada menos que 12 billones de dólares para incentivar el gasto público y el “estímulo fiscal” (*Clarín*, 17/11/08). Según el economista jefe de ese organismo, el francés Olivier Blanchard: “Los gobiernos deben estar dispuestos a gastar más en el estímulo”. En efecto, en las nuevas circunstancias mundiales, “hay que reflexionar urgentemente y ver cómo movilizar la liquidez necesaria” (*Clarín*, 24/12/08).

Sin embargo, debemos tener en cuenta que el objetivo final de los principales sectores de poder político-económico no consiste en un retorno al keynesianismo de la posguerra, sino más bien en aplicar una especie de política “parche” que busque evitar el descalabro mundial del sistema financiero. Como advierte un informe de los grandes bancos internacionales (Deutsche Bank, Citibank, BBVA, Banco Itaú), “el sistema financiero debe regresar al sector privado, pero en bases competitivas en cuanto a las circunstancias lo permitan” (*Clarín*, 17/11/08). Del mismo modo, el ex presidente español Felipe González, durante los últimos años lobbista de las empresas privatizadas, ha criticado recientemente en un artículo el mito de la “mano invisible del mercado”. Sin embargo, no deja de aclarar que “eso no significa sobrerregular, sino transparentar el marco de actuación de los agentes financieros y hacer previsible sus

comportamientos, con registros contables claros y controles rigurosos”. En efecto, como reconoce, “se trata de salvar al sistema financiero, aunque haya diferencia en las recetas aplicadas, para que todo lo demás no se hunda” (*Clarín*, 20/11/08).

4. Hacia un nuevo subtipo de modelo de acumulación

Como se puede apreciar en la crisis actual, el retorno al Estado no corresponde ni a una supuesta etapa final del sistema capitalista, al estilo del imperialismo como “fase superior” que soñaba Lenin, ni a una vuelta al modelo de Estado Benefactor Keynesiano del período 1930-1973, ya sea en su fase más orientada al mercado interno y los bienes livianos y medianos (en nuestro país vinculada al peronismo), ya sea a la fase orientada a los bienes pesados y la exportación (vinculada en nuestro país al desarrollismo de Frondizi). Pero tampoco puede representar el regreso al neoliberalismo del Consenso de Washington, ya que si la caída del Muro de Berlín fue el síntoma mortífero del comunismo, ahora la crisis de Wall Street es el síntoma mortal del neoliberalismo, al menos en la versión que todos conocemos (y que sufrimos en extremo durante la década del '90).

Pero, entonces, ¿qué es lo que viene? Por supuesto que nadie, ni el mejor “gurú” que afirma de manera ingenua (y a veces no tanto) describir objetivamente la realidad, lo sabe a ciencia cierta. Sin embargo, podemos hacer algunas conjeturas o hipótesis tentativas. A nuestro entender, lo que parece presentarse, más que las opciones citadas, es una especie de punto intermedio no definido entre el keynesianismo y el neoliberalismo. Ni tan extremo en la intervención como el primero, ni tan liberalizador como el segundo. En todo caso, como dijimos, cercano a la visión neo-institucionalista que emergió en 1997 de manera muy tibia tras la crisis de los países asiáticos, aunque, cabe aclararlo, mucho más profundo en el énfasis mundial en la necesidad de regular la economía y sobre todo, en incentivar fuertemente la inversión pública para evitar la depresión económica y los “efectos colaterales” sobre el campo social. Podemos decir, entonces, que dado el grado de desarrollo que ha tomado la crisis, que en cierta medida se asemeja a la crisis mundial de la década del '30 en razón de la escasez de demanda y el peligro inminente de recesión mundial (lo que por otra parte lo diferencia de la crisis de 1997, más local en sus efectos) (4), estamos en presencia de un nuevo subtipo de modelo de acumulación que podemos denominar, y algunos ya lo han hecho, como neo-keynesiano.

Para entender esta diferenciación entre el modelo de acumulación keynesiano desarrollado a partir de la posguerra y el nuevo subtipo que parece emerger, debemos tener en cuenta que la comparación entre el New Deal de Roosevelt de 1933 en Estados Unidos y lo ocurrido en la crisis actual, pese a sus semejanzas, presenta también algunas diferencias. En efecto, el grado de intervencionismo estatal del modelo de Estado Benefactor Keynesiano tenía alcances mucho más amplios que los que observamos actualmente y su objetivo, si bien era en última instancia “salvar” al sistema capitalista, al igual que ahora, representaba un intento mucho más orgánico y sistemático para elevar la demanda agregada e incentivar el consumo interno. Además, en ese entonces se buscaba reconstruir como objetivo de máxima el aparato industrial frente al fracaso absoluto del liberalismo decimonónico del siglo XIX, lo que ahora sólo aparece como una derivación secundaria. El mundo, finalmente, ha cambiado mucho desde entonces. En efecto, más allá de las causas que llevaron a la desintegración del keynesianismo, que exceden por mucho las meramente económicas (5), tenemos ya presente la experiencia insoslayable de su fracaso mundial. Así, en la actualidad ya no se busca nacionalizar todas y cada una de las empresas públicas, ni resulta tan funcional, por razones que no vienen al caso, pero que se encuentran asociadas a las transformaciones en la estructura económica y social de las últimas tres décadas (Basualdo, 2006), reducir las desigualdades sociales a partir de principios de justicia social y equidad distributiva, ni tampoco es posible el tipo de regulación de la posguerra basado en mercados mucho más controlados y cerrados que los que existen en la actual fase de globalización financiera y comercial.

En ese contexto de creciente complejización del funcionamiento de la economía mundial, de lo que se trata ahora para los principales agentes socioeconómicos, en particular los grandes empresarios del capital más concentrado, y para los Estados-nación, que dependen en gran medida de ellos, si bien no responden sólo a sus intereses, es de preservar el mundo interconectado financieramente a través de un retorno a las políticas de regulación estatal, pero sólo con el objeto final de equilibrar las variables económicas y garantizar, así, la estabilidad del sistema que se ha perdido. En efecto, como lo ha destacado en su brillante trabajo el clásico economista estadounidense John Kenneth Galbraith, sólo cuando las “mayorías satisfechas”, aquellos sectores que detentan el poder político, económico y militar de la superpotencia mundial, ven que su bienestar entra en crisis, es cuando comienzan a exigir que el Estado se haga cargo de sus problemas. En ese contexto, la “cultura de los satisfechos” deja a un lado toda

retórica a favor del “libre mercado” y exige que el Estado los “salve” de la debacle, e incluso que fomente ciertas “excepciones” al dogma liberal para evitar posibles catástrofes provenientes de la “subclase” (Galbraith, 1992). Es decir, que nuevamente se busca garantizar la famosa “governabilidad” política para evitar posibles desbordes sociales y mantener el orden conservador, aunque ello representa a veces realizar un cambio en la situación económica que repercute favorablemente, casi como un mal necesario, en el plano social.

Por lo tanto, en las nuevas circunstancias de fracaso estrepitoso de las premisas del neoliberalismo, y justo ahora que se requiere como nunca de la “mano no invisible” del Estado, tampoco se trata de fomentar un retorno imposible al “Estado mínimo” que se desligue de sus funciones básicas y deje todo a la libre competencia del mercado. Así, el propio FMI, que durante los años ‘90 defendió como nadie las políticas monetarias restrictivas de reducción del gasto público y liberalización comercial y financiera, ahora exige, dado el “terremoto sin precedentes” que experimenta la economía mundial, que “para atenuar las dificultades de financiamiento interbancario, los poderes públicos deberían tomar medidas que busquen remediar al mismo tiempo los problemas indisociables de crédito y de iliquidez”. Al mismo tiempo, en otra muestra de su giro pragmático, señala que los Estados deben intervenir sobre la economía, “introduciendo reformas legales, regulatorias y contables” (*Clarín*, 08/10/08). Del mismo modo, el propio George Bush, uno de los máximos exponentes de esta visión neoliberal, ha reconocido recientemente en una entrevista a la CNN que la intervención del Estado es necesaria, pero sólo para salvar a la economía de mercado. En sus palabras, “abandoné los principios de la economía de mercado para salvar al sistema de economía de mercado”. En ese contexto, el objetivo de la intervención estatal no era más que para “asegurar que la economía no se hundiera” (*Clarín*, 17/12/08).

A partir de la asunción de Obama como nuevo presidente de los Estados Unidos, este auge en defensa de la necesidad de intervención estatal en la economía parece haberse profundizado. Así, el electo Presidente ha señalado recientemente, contrariando la tesis de Reagan de que el accionar del Estado no era la solución sino el problema a resolver, que “sólo el Gobierno puede dar el impulso necesario a corto plazo para sacarnos de una recesión tan profunda” (*Clarín*, 09/01/09). Sin embargo, debemos aclararlo una vez más, el nuevo discurso en favor del Estado interventor y regulador no

representa un retorno al neoliberalismo en su fase conocida como el consenso post-Washington, sino más bien, dada la fenomenal crisis de demanda que aqueja al planeta en la actualidad y la necesidad consecuente de incentivar el consumo para evitar una recesión que se viera acompañada de un estancamiento económico, un punto intermedio entre el neoliberalismo, aún el propuesto a partir de 1997, y el keynesianismo de la posguerra.

5. A modo de conclusión

Nos propusimos indagar en este trabajo acerca de la reciente crisis financiera de Wall Street y sus implicancias sobre la economía mundial. Como intentamos mostrar, la actual crisis no parece estar mostrando el fracaso definitivo del capitalismo y la llegada de una presunta fase final del sistema, como han señalado ciertos autores entre los que se destaca el sociólogo estadounidense Immanuel Wallerstein. Más bien creemos que resulta mejor pensarla como un cambio en el modelo de acumulación neoliberal que resultó dominante desde mediados de los años '70. Al pensar de esta forma, se logra trascender la lógica binaria capitalismo-comunismo que resulta propia de este tipo de pensamiento del marxismo más ortodoxo, que no logra observar diferentes grados y matices dentro de un mismo sistema de acumulación (o de dominación, según se prefiera). Desde nuestra perspectiva, contraria a toda lógica binarizable, señalamos a título tentativo que probablemente el planeta esté yendo en la actualidad hacia un punto intermedio entre los modelos de acumulación neoliberal, cercano en cierta forma, aunque mucho más profunda en otra, a su versión revisitada de 1997 conocida como el Consenso Post Washington, y el Estado de Bienestar Keynesiano que dominó en la posguerra. Así, si entre 1973 y el 2001 se pasó de una lógica de todo al Estado a nada al Estado, al menos en el plano teórico, ya que nunca se presentó un “modelo” coherente e integral que se aplicara de manera estricta tal como recomiendan los libros de texto de Hayek y Friedman (Beltrán, 2006; Fair, 2008b), ahora creemos que se está haciendo presente un nuevo modelo de acumulación neo-keynesiano, que nuevamente permitirá, deseamos y esperamos más que predecimos, un nuevo equilibrio del sistema, aunque ya no simplemente para “salvarlo”, sino más bien para modificar sus trágicos efectos sobre las sociedades actuales. Se trata, esperemos que no sea sólo un deseo, de un mundo que, lejos del Pensamiento Único neoliberal, principal causante de los actuales índices de pobreza, desnutrición y desigualdad social que observamos a nivel mundial, y

Argentina, por supuesto, es un caso extremo cuyas consecuencias desastrosas todavía pagamos, retome las políticas de inclusión social y justicia distributiva del keynesianismo, aunque acorde con las limitaciones que ciertamente imponen las circunstancias mundiales de interconexión e internalización comercial y financiera, concentración y centralización oligopólica del capital y sobre todo, los fracasos ya mostrados por el modelo sustitutivo de posguerra. Este nuevo subtipo del modelo de bienestar keynesiano, que parece estar aplicándose tibiamente en algunos países de América Latina, debe mantener los principios del Estado Benefactor y las políticas keynesianas de fuerte intervención estatal para ser más inclusivo socialmente y garantizar la defensa de los más necesitados, y no solamente, como quizás suceda en Estados Unidos, para “salvar” a los grandes grupos empresariales y a los sectores medios endeudados. De todos modos, lo que resulta importante destacar es que el sistema capitalista como tal, lejos de estar en su agonía, está más fuerte que nunca, lo que no impide por supuesto luchar con todas las fuerzas para modificarlo internamente.

6. Bibliografía

Basualdo, E. (2000). *Concentración y Centralización del capital en la Argentina durante la década de los noventa*. Bs. As.: UNQUI.

____ (2006). *Estudios de historia económica argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad*. Bs. As.: Siglo XXI-FLACSO.

____ (2007). “Concepto de patrón o régimen de acumulación y conformación estructural de la economía”. *Documento de trabajo N°1*, marzo, Maestría en Economía Política Argentina Área de Economía y Tecnología de la FLACSO: Bs. As.

Bauman, Z. (2003). *En busca de la política*. Bs. As.: FCE.

Beltrán, G. (2006). “Acción empresarial e ideología. La génesis de las reformas estructurales”, en A. Pucciarelli (coord.). *Los años de Alfonsín*. Bs. As.: Siglo XXI, pp. 199-243.

Cardoso, F. y Faletto, E. (1976). *Desarrollo y dependencia en América Latina*. Bs. As.: Siglo XXI.

Ezcurra, A. M. (1998). *¿Qué es el neoliberalismo? Evolución y límites de un modelo excluyente*. Bs. As.: Ideas.

Fair, H. (2007). *Identidades y representación. El rol del Plan de Convertibilidad en la consolidación de la hegemonía menemista (1991-1995)*, Disertación de Maestría no publicada para aplicar al grado de Maestro en Ciencia Política y Sociología, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Bs. As.

____ (2008a). ““El sistema global neoliberal”, *Polis*, N°21, diciembre, Universidad Bolivariana, Santiago, Chile. [recuperado 31-1-2009] de <http://www.revistapolis.cl/polis%20final/21/art11.htm>

____ (2008b). “El proceso de reformas estructurales en Argentina. Un análisis del primer gobierno de Menem”, *OIKOS*, N°25, julio, Facultad de Administración y Economía, Universidad Católica Silva Henríquez (UCSH), Santiago de Chile, pp. 35-49.

Galbraith, J. K. (1992). *La cultura de la satisfacción*. Bs. As.: Emecé.

García Delgado, D. (1994). *El cambio de relaciones Estado-sociedad en el proceso de modernización en Argentina*. Instituto de investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales. UBA, Bs. As.: mecanografiado.

Gómez, R. (2003). *Neoliberalismo globalizado. Refutación y debacle*, Bs. As.: Macchi.

Murillo, S. (2008). *Colonizar el dolor. La interpelación ideológica del Banco Mundial en América Latina*, Bs. As.: CLACSO.

Nun, J. (1987). “La teoría política y la transición democrática”, en J. Nun y J. C. Portantiero (comps.). *Ensayos sobre la transición democrática en Argentina*, Bs. As.: Puntosur, pp. 15-56.

Romero, A. (2008). “Depresión, caos, bifuración: ¿hacia el fin de la historia del capitalismo?”, *Globalización. Revista mensual de Economía, sociedad y cultura*, diciembre [recuperado 31-1-2009] de <http://rcci.net/globalizacion/2008/fg796.htm>.

Santiso, J. (2003). *The political economy of emerging markets. Actors, institutions and financial crisis in Latin America*, New York: New Palgrave Macmillan.

Stiglitz, J. (1998). “Más instrumentos y metas más amplias para el desarrollo. Hacia el Consenso post Washington”, *Desarrollo Económico*, Vol. 38, N°151 (oct.-dic.), pp. 691-722.

Wallerstein, I. (1979). “El moderno sistema mundial”, *OSAL*, N°9, Bs. As.

____ (2008). “‘El capitalismo en su fase final’ según Immanuel Wallerstein”, entrevista publicada en *Clarín*, Suplemento “Economía”, Bs. As., 25 de octubre.

Fuentes

Diario *Clarín*

Notas

(1) En realidad, Basualdo se refiere también a la noción de “régimen de acumulación”, que tiene como antecedente inmediato a los trabajos de Nun acerca del “régimen social de acumulación” (Nun, 1987), como equivalente al concepto de patrón de acumulación (Basualdo, 2000, 2006, 2007). Creemos, sin embargo, que el primer tipo adquiere un grado de generalidad mayor que el segundo. Es por eso que vamos a referirnos indistintamente a la noción de modelo o patrón de acumulación, dejando a un lado el concepto de régimen social.

(2) Acerca del caso argentino, véase especialmente Basualdo (2006).

(3) Para un análisis más detallado del particular, puede verse Fair (2008a).

(4) En realidad, la recesión ya se ha hecho presente con intensidad en los Estados Unidos y también en Europa. En el primer caso, se observa una caída del 15,5% en el

sector de la construcción entre noviembre y diciembre del 2008, lo que representa el porcentaje más bajo del último medio siglo (*Clarín*, 25/01/09). Por su parte, en países como Gran Bretaña, el PBI cayó en el último trimestre del 2008 en un 1,5%, al tiempo que la producción industrial lo hizo en un 3,9%, el índice más bajo desde 1980; mientras que en España se perdieron 489.600 empleos durante el cuarto trimestre de 2008 (*Clarín*, 24/01/09).

(5) Acerca de las causas “políticas” que llevaron a la crisis del modelo sustitutivo en Argentina, véase particularmente Basualdo (2006).

Para citar este artículo:

Fair, Hernán (25-05-2009). LA CRISIS MUNDIAL DE WALL STREET: ¿EL FIN DEL SISTEMA CAPITALISTA?.

HOLOGRAMÁTICA - Facultad de Ciencias Sociales UNLZ, Número 10, V4, pp.95-116

ISSN 1668-5024

URL del Documento : <http://www.cienciarred.com.ar/ra/doc.php?n=1082>